

HORA SANTA EUCHARÍSTICA
21 de septiembre 2014
Iglesia San Francisco de Asís

¡Alabado sea Jesucristo! Es para mí un gran privilegio el darles la bienvenida a la Iglesia San Francisco de Asís y pasar juntos esta hora con el Señor en oración y adoración. Gracias por estar aquí. Su presencia es un poderoso testimonio de fe en medio de lo que ha sido una época especialmente difícil para nuestra comunidad. Me gustaría reconocer y agradecer la participación de nuestro pueblo Católico de toda la Arquidiócesis, y también aquellos de ustedes que han venido de lugares cercanos y lejanos para unirse a nosotros hoy. Estoy especialmente agradecido por la presencia (y apoyo) de mis hermanos obispos, el Arzobispo Beltrán, el Obispo Slattery de Tulsa, el Obispo Kemme de Wichita y tantos otros sacerdotes, diáconos y religiosos y religiosas. Es una bendición especial el reconocer aquí a tantos líderes y creyentes cristianos de otras iglesias y comunidades eclesiales que han venido para también unirse a nosotros en oración.

Nos reunimos hoy en la presencia de nuestro Señor Eucarístico que es la fuente de nuestra unidad, por imperfecta que pueda ser, y nuestro vínculo de caridad. Acabamos de escuchar nuestro Señor proclamar: "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo." Para los Católicos estas palabras del capítulo seis del Evangelio de San Juan son el corazón de nuestra comprensión y el aprecio de la Santa Eucaristía. Jesús no habla metafóricamente cuando dice: "El que come de mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él." Es un verdadero Jesús, el que nos encontramos y recibimos en la Sagrada Eucaristía.

A veces, los cristianos han discutido sobre el significado teológico de estas palabras. Satanás, por otro lado, oye estas palabras y tiembla. La Eucaristía ha estado en el centro de la controversia actual sobre la llamada misa negra que (para nuestra vergüenza como ciudad) se le permita continuar esta noche en el Salón de Música del Centro Cívico. Ese ritual blasfemo y sacrílego es una burla a la Misa Católica que requiere para su consumación la corrupción y la profanación de la Eucaristía. ¿Por qué? Debido a que los satanistas, y su maestro, saben quién está presente. Ellos reconocen la Presencia Real del Señor Jesús, no para adorarlo, pero sólo para burlarse y despreciarlo en odio.

Creo que muchas personas en nuestra comunidad no han entendido la persistencia de nuestros esfuerzos, ni la profundidad de nuestra indignación por esta blasfemia en gran parte debido a que no comparten nuestra fe. Ellos no entienden ni aceptan, lo que nosotros creemos que es verdad. Ellos no comparten nuestra fe en lo que nosotros los Católicos (y muchos otros cristianos) reconocen que es el mayor regalo que el Señor le ha confiado a la Iglesia: el don de su propio Cuerpo y Sangre en el Santísimo Sacramento. La Eucaristía, instituida por el Señor en la Última Cena y confiada a los Apóstoles es verdaderamente la permanente presencia del Señor en medio de nosotros. Es real y substancialmente alimento espiritual para nuestra peregrinación y la prenda de la gloria futura en el Banquete Celestial. Es el pan de los ángeles dados a los hombres.

No estamos aquí, sin embargo, para protestar. Dejemos a un lado, por el momento, nuestra indignación. Estamos aquí para alabar y adorar. Estamos aquí para dar gracias por el don de nuestra fe y el tesoro inestimable de la presencia permanente del Señor con nosotros en el Sacramento de su Cuerpo y Sangre. Estamos reunidos ante nuestro Señor Eucarístico para escuchar su santa Palabra y abrirnos a los impulsos de su Espíritu para que podamos ser testigos más fieles y auténticos de su amor y misericordia en medio de nuestra rota y sufriente familia humana. También estamos aquí para ofrecer nuestras peticiones al Señor, que para librarnos del poder del pecado y, sí, de todas las influencias demoníacas. Estamos aquí para ofrecer nuestras oraciones en reparación de los ultrajes blasfemos que se cometen en contra de nuestro Señor, contra su Iglesia y la Eucaristía en estos días. Nuestra ciudad también ha sido blanco de estas fuerzas oscuras del odio que buscan no el construir, sino sólo el destruir. Rogamos la protección del Señor, por intercesión de sus ángeles y santos.

Nos hemos reunido en calidad de testigos de la esperanza en un momento cuando la oscuridad parece estar ganando terreno, tanto aquí como en todo el mundo. ¡Sabemos que Cristo es victorioso! Él ha vencido a Satanás. Ha destruido el reino del pecado y el poder de la muerte a través de su Santa Cruz y Resurrección gloriosa. A través de la fe y el Bautismo ya compartimos en su victoria. La guerra ha sido ganada, aunque escaramuzas continuarán hasta que Cristo venga de nuevo en gloria para reinar por siempre. Mientras tanto se nos ha alistado para llevar el estandarte de la Cruz y soportar nuestra parte de los sufrimientos de Cristo, por el bien de su Cuerpo, la Iglesia.

Nos reunimos aquí en oración. Nos reunimos para adorar, alabar y dar gracias, a rogar por la misericordia del Señor sobre nuestra ciudad, nuestra nación y nuestro mundo. Oramos por nuestra propia conversión continua para que podamos ser testigos santos y valientes.

Nuestra fe no está destinada a ser (y no se puede mantener) encerrada dentro de las paredes de esta hermosa iglesia. Nuestra Procesión Eucarística por el vecindario más allá de estas paredes, que seguirá en pocos minutos, es un recordatorio de que nosotros, la Iglesia, estamos presentes en el mundo como luz, sal y levadura para llevar la esperanza y la oferta de salvación de Cristo a todos los que encontremos. Oremos para que podamos abrazar a nuestro mandato de vivir como discípulos misioneros en medio del mundo para que podamos atraer a todos a Jesucristo y a puerto seguro en su Iglesia.